

Rev. R.M. McCheyne
Lectura: Cantares 2:8-17

Salterios:

Primer: 114:1-4

Segundo: 163:1-3

Tercer: 162:1-2

Cuarto: 398:1,2

Último: 203:1,2,3,5

Introducción.

Querida congregación,

No hay libro de la Biblia que ofrezca una mejor prueba de la profundidad de la fe cristiana de un hombre que *El Cantar de los Cantares*. Primero, si la religión de un hombre está *solo en su cabeza*—es decir, si tiene una forma bien establecida de doctrinas, construida como una obra de albañilería, ladrillo sobre ladrillo—pero no ejerce ninguna influencia sobre su corazón, este libro no podrá sino ofenderlo. Esto se debe a que aquí no hay declaraciones rígidas de doctrina sobre las cuales su religión, destituida de corazón, pueda ser edificada.

O bien, si, en segundo lugar, la religión de un hombre reside solo en su imaginación—si, como Flexible en *El Progreso del Peregrino*, se siente atraído por la belleza externa del cristianismo—si, como la semilla sembrada entre los pedregales, su religión está arraigada solo en las facultades superficiales de la mente, mientras que su corazón permanece pedregoso y no movido—aunque este segundo hombre encontrará este libro mucho más agradable que el primero, aun así, hay en él un misterioso aliento de afecto íntimo que no puede sino hacerlo tropezar y ofenderlo.

Sin embargo, si, en tercer lugar, *la religión de un hombre es la del corazón*, es decir, si no solo tiene las doctrinas en su cabeza, sino también amor por Jesús en su corazón; si no solo ha oído y leído acerca del Señor Jesús, sino que también ha sentido su necesidad de Él y ha sido llevado a aferrarse a Él como al principal entre diez mil y al más hermoso que los demás, entonces este libro tendrá un valor inestimable para su alma. Esto se debe a que contiene los alientos más tiernos del corazón del creyente hacia el Salvador y, a su vez, los alientos más tiernos del corazón del Salvador hacia el creyente.

Entre la mayoría de los mejores intérpretes de este libro, se ha acordado que: (1) no consiste en una sola canción, sino en muchas; (2) que estas canciones están en una forma dramática; y (3)

que, al igual que las parábolas de Cristo, contienen un significado espiritual bajo el vestido y los adornos de algún incidente poético.

El pasaje leído forma una de estas canciones dramáticas, y su tema es el de una visita repentina que una novia oriental recibe de su señor ausente. La novia se nos presenta sentada, sola y desolada en un quiosco o cenador oriental: un lugar de seguridad y recogimiento en los jardines del Oriente, descrito por viajeros modernos como “un cenador rodeado por un muro verde, cubierto de vides y jazmines, con ventanas de celosía”.

Los montes de Beter (o, como aparece en la nota marginal, los montes de la división), las montañas que la separan de su amado, parecen casi infranqueables. Se ven tan empinadas y escarpadas que ella teme que él nunca más pueda atravesarlas para venir a visitarla. *Su huerto* no posee ninguna belleza que la atraiga a salir. Toda la naturaleza parece participar en su tristeza: el invierno reina tanto por fuera como por dentro. Ninguna flor aparece en la tierra; todos los pájaros cantores parecen estar tristes y en silencio sobre los árboles, y la voz de la tórtola no se escucha en la tierra.

Es mientras ella está sentada así, sola y desolada, que repentinamente una voz resuena en su oído. El amor es rápido en escuchar la voz que ama; por lo tanto, ella escucha más rápido que todas sus doncellas, y la canción comienza con su exclamación explosiva: “*¡La voz de mi amado!*” Cuando se sentaba en su soledad, las montañas entre ella y su señor parecían casi infranqueables; eran tan altas y tan empinadas. Pero ahora ella ve con qué rapidez y facilidad él puede cruzar estas montañas, de modo que no puede hacer otra cosa que compararlo con la gacela o el cervatillo, las criaturas más hermosas y veloces de las montañas. “*Mi amado es semejante a la gacela o al cervatillo*” (Cantares 2:8). Sí, mientras ella aún habla, él ya ha alcanzado la pared del jardín, y ahora, he aquí: “*está tras nuestra pared, mirando por las ventanas, mostrándose por las celosías*” (versículo 9).

La novia sigue relatando la tierna invitación, que parece ser la canción de su amado mientras saltaba con tanta rapidez sobre las montañas. Mientras ella se sentaba, toda la naturaleza parecía estar muerta; reinaba el invierno. Pero ahora él le cuenta que ha traído consigo la primavera: “*Levántate, oh amiga mía, hermosa mía, y ven. Porque he aquí el invierno ha pasado, la lluvia ha cesado, se ha ido; se han mostrado las flores en la tierra, el tiempo de la canción ha llegado y la voz de la tórtola se ha oído en nuestra tierra. La higuera ha echado sus higos y las vides en cierne dieron olor. Levántate, oh amiga mía, hermosa mía, y ven*” (versículos 10-13).

Conmovida por esta invitación insistente, ella sale de su lugar de recogimiento a la presencia de su señor, aferrándose a él como la paloma temerosa en las hendiduras de la peña. Es entonces cuando él la aborda con estas palabras de afección más tierna y delicada: “*Paloma mía, que estás*

en las hendiduras de la peña, en lo escondido de escarpados parajes, muéstrame tu aspecto, hazme oír tu voz, porque tu voz es dulce y tu aspecto hermoso” (versículo 14).

Alegremente accediendo a salir con su señor, ella aún recuerda que esta es la estación de mayor peligro para sus viñas, por causa de las zorras que roen la corteza de las vides. Por lo tanto, no saldrá sin dejar este mandato de precaución a sus doncellas: *“Cazadnos las zorras, las zorras pequeñas que echan a perder las viñas; pues nuestras viñas están en cierne”* (versículo 15).

Luego renueva el pacto de sus desposorios con su amado en estas palabras de afecto apropiado: *“Mi amado es mío y yo soy suya; él apacienta entre los lirios”* (versículo 16). Y, finalmente, porque se entera de que esta temporada de comunión íntima no será perpetua, ya que su amado debe apresurarse a irse nuevamente por las montañas, no lo dejará ir sin rogarle que renueve estas visitas de amor con frecuencia, hasta que llegue ese feliz día en que no necesiten separarse más: *“Hasta que despunte el día y huyan las sombras, vuélvete, amado mío; sé semejante a la gacela o al cervatillo sobre los montes de Beter”* (versículo 17).

Podríamos desafiar al mundo entero del genio a producir en cualquier idioma un poema como este: tan breve, tan comprensivo, tan delicadamente hermoso. Pero, lo que es mucho más relevante para nuestro propósito actual, no hay parte de la Biblia que abra de manera más hermosa algunas de las experiencias más profundas del corazón del creyente.

Consideremos, entonces, esta parábola como una descripción de una de esas visitas que el Salvador suele hacer a las almas creyentes, cuando se les manifiesta de una manera distinta de como lo hace al mundo.

Texto: Cantares 2:8 (8-17)

“¡La voz de mi amado! He aquí él viene saltando sobre los montes, brincando sobre los collados.”

Tema: La voz de mi amado

1. Cuando Cristo está lejos del alma del creyente, este se sienta solo
2. La venida de Cristo al creyente desolado es, a menudo, repentina y maravillosa
3. La venida de Cristo cambia todas las cosas para el creyente, y Su amor se muestra más tierno que nunca
4. La disposición triple de temor, amor y esperanza que esta visita despierta en el corazón del creyente

- 1. Cuando Cristo está lejos del alma del creyente, este se sienta solo**

Hemos visto en la parábola que, cuando su señor estaba lejos, la novia se sentaba solitaria y desolada. No llamó a los jóvenes ni a los alegres para alegrar sus horas solitarias. No pidió el arpa del juglar para calmar su soledad. No había flauta, ni pandero, ni vino en sus fiestas. No, se sentó sola. Las montañas parecían casi infranqueables. Toda la naturaleza participaba de su tristeza. Si no podía alegrarse en la luz del rostro del Señor, estaba resuelta a no alegrarse en nada más. Se sentó solitaria y desolada.

Así es con el verdadero creyente en Jesús. Sean cuales sean las montañas de Beter que se han interpuesto entre su alma y Cristo—ya sea por haber sido seducido en sus viejos pecados, de modo que “sus iniquidades han hecho división entre él y su Dios, y sus pecados han hecho ocultar su rostro de él para que no oyera” (Isaías 59:2); o si el Salvador ha retirado por un tiempo la luz reconfortante de Su presencia solo para probar la fe de Su siervo, para ver si, al “andar en tinieblas y carecer de luz, confía en el nombre de Jehová y se apoya en su Dios” (Isaías 50:10)—sean lo que sean las montañas de división, es una marca segura de un creyente *que él se sienta desolado y solo*.

No puede reírse lejos de su pesada carga, como pueden hacerlo los hombres del mundo. No puede ahogarla en el cuenco de la intemperancia, como pueden hacerlo los pobres hombres cegados. Incluso la inocente interacción de la amistad humana no trae bálsamo a su herida; de hecho, incluso la comunión con los hijos de Dios ahora es desagradable para su alma. No puede disfrutar de lo que antes disfrutaba, cuando aquellos que temían al Señor hablaban a menudo unos con otros. Las montañas entre él y el Salvador parecen tan vastas e infranqueables que teme que nunca volverá a visitarlo. Toda la naturaleza participa de su tristeza—el invierno reina por fuera y por dentro. Él se sienta solo y está desolado. Siendo afligido, ora, y la carga de su oración es la misma que la de un antiguo creyente: “Señor, si no puedo alegrarme con la luz de Tu rostro, concede que no me alegre con nada más; porque la alegría sin Ti es muerte”.

¡Ah, mis amigos! ¿Conocen algo de esta tristeza? ¿Conocen lo que es sentarse así, solitarios y desolados, porque Jesús está fuera de la vista? Si es así, entonces regocíjense, si es posible, incluso en medio de su tristeza; porque esta misma tristeza es una marca de que usted es un creyente, de que usted encuentra toda su paz y gozo en unión con el Salvador.

¡Pero ay! ¡Cuán contrario es el camino con la mayoría de ustedes! No conocen nada de esta tristeza. Sí, quizá se burlen incluso de ella. Pueden estar felices y contentos con el mundo, aunque nunca han visto a Jesús. Pueden alegrarse con sus compañeros, aunque la sangre de Jesús nunca ha susurrado paz a su alma. ¡Ay! ¡Cuán obvio es que se están apresurando al lugar en que “No hay paz, dijo mi Dios, para los impíos” (Isaías 57:21).

2. La venida de Cristo al creyente desolado es, a menudo, repentina y maravillosa

Hemos considerado en la parábola que fue cuando la novia se sentaba solitaria y desolada que, repentinamente, oyó la voz de su señor. El amor es rápido para oír y, por lo tanto, clama: *“¡La voz de mi amado!”* Antes, consideraba las montañas como casi infranqueables, pero ahora no puede comparar su rapidez con nada que no sea la de la gacela o el cervatillo. Sí, mientras ella aún habla, él ya está junto a la pared, en la ventana, mostrándose por las celosías.

Así a menudo es con el creyente. Mientras se sienta solo y desolado, las montañas de separación parecen ser una vasta e infranqueable barrera para el Salvador, y teme que nunca vuelva a venir. Las montañas de las provocaciones de un creyente a menudo son muy grandes. *“¿Cómo he podido pecar otra vez, yo que he sido lavado en la sangre de Jesús? Que otros hombres pequen contra Él es una cosa menor; ellos nunca lo conocieron, nunca lo amaron como yo lo he amado. Ciertamente, yo soy el primero de los pecadores, y he pecado hasta alejar a mi Salvador. El monte de mis provocaciones ha crecido hasta el cielo, y Él ya no podrá pasar por encima de él jamás.”*

Así es como el creyente escribe amargas cosas contra sí mismo. Pero es bajo estas circunstancias que a menudo oye la voz de su amado. Algún texto de la Palabra, o un dicho de un amigo cristiano, o algún fragmento de un sermón otra vez le revela a Jesús en toda Su plenitud, el Salvador de los pecadores, incluso para los mayores. O puede ser que Él se revele al alma desconsolada en el partimiento de pan, cuando habla esas tiernas palabras: *“Esto es mi cuerpo, partido por vosotros; esta copa es el Nuevo Testamento en mi sangre, derramada por muchos para remisión de los pecados; bebed de ella todos”*. En tales ocasiones no puede sino clamar: *“¡La voz de mi amado! He aquí él viene saltando sobre los montes, brincando sobre los collados.”*

Ah, mis amigos, ¿conocen algo de esta gozosa sorpresa? Si es así, ¿por qué habrían de sentarse en desesperanza, como si se hubiera acortado la mano del Señor para no poder salvar, o como si se hubiera agravado Su oído para no poder oír? En la hora más oscura, digan: *“¿Por qué te abates, oh alma mía, y por qué te turbas en mí? Espera a Dios, porque aún he de alabarlo, salvación de mi persona y mi Dios”* (Salmo 42:11).

Vengan con expectativa a la palabra. No vengan con esa indiferencia desinteresada, como si nada de lo que otro simple mortal pueda decir valiera la pena escuchar. No es la palabra de un hombre, sino la palabra del Dios viviente. Vengan con grandes expectativas, y entonces encontrarán fiel la promesa, que Él llena de bienes a los hambrientos; aunque envía a los ricos vacíos.

3. La venida de Cristo cambia todas las cosas para el creyente, y Su amor se muestra más tierno que nunca

Hemos visto en la parábola que, cuando la novia se sentaba desolada y solitaria, toda la naturaleza estaba envuelta en tristeza. Su huerto no poseía encantos que la atrajeran, pues el invierno reinaba afuera y adentro. Pero cuando su Señor vino tan rápidamente sobre las montañas, trajo consigo la primavera. Toda la naturaleza se transforma a medida que Él avanza, y Su invitación es: *“Porque he aquí el invierno ha pasado, la lluvia ha cesado, se ha ido ... Levántate, oh amiga mía, hermosa mía, y ven”* (Cantares 2:11-13).

Así de tal manera es con el creyente cuando Cristo se ha ausentado; todo es invierno para el alma. Pero cuando Él vuelve a venir sobre los montes de la provocación, trae consigo un gozoso tiempo de primavera. Cuando ese Sol de Justicia se levanta de nuevo sobre el alma, no solo sus rayos alegradores caen sobre el alma del creyente, sino que toda la naturaleza se regocija en su gozo. Los montes y los collados levantan canción delante de él, y todos los árboles del campo baten palmas. Es como un cambio de estación para el alma. Es como ese cambio repentino de las lluvias torrenciales de un invierno sombrío a la primavera plena y enrojecida, tan propia de los climas del Sol.

El mundo de la naturaleza es totalmente cambiado. En lugar de la zarza crece el ciprés, y en lugar de la ortiga crece el arrayán. Cada árbol y campo posee una nueva hermosura para el alma alegre. *El mundo de la gracia* es totalmente cambiado. *La Biblia* era seca y carecía de significado antes, ¡pero ahora qué diluvio de luz es derramado sobre sus páginas! ¡Cuán llena, cuán fresca, cuán rica en significado, cómo sus más sencillas frases tocan el corazón! *La casa de oración* era totalmente triste y sombría antes; sus servicios eran secos e insatisfactorios; pero ahora, cuando el creyente ve al Salvador, como lo ha visto anteriormente en Su lugar santo, su clamor es: *“¡Cuán amables son tus moradas, oh Jehová de los ejércitos ... mejor es un día en tus atrios que mil”* (Salmo 84:1-10). *El huerto del Señor* era triste y desolado antes; ahora brota de nuevo la ternura hacia los no convertidos, y el amor hacia el pueblo de Dios arde en el pecho; entonces los que temen al Señor hablan a menudo unos con otros. Ha llegado el tiempo de cantar las alabanzas de Jesús, y la voz de la tórtola de amor por Jesús se escucha una vez más en la tierra; la viña del Señor florece, y los brotes de granada aparecen, y la voz de Cristo al alma es: *“Levántate, oh amiga mía, hermosa mía, y ven”*.

Como la paloma temerosa, perseguida por el buitre y casi convertida en presa, con sus alas ansiosas y temblorosas, se esconde más profundamente que nunca en las hendiduras de la peña y en el lugar secreto del precipicio, así también el creyente que ha caído, a quien Satanás ha deseado tener para zarandearlo como a trigo, cuando es restaurado una vez más a la presencia llena de gracia de su Señor, se aferra a Él con una fe ansiosa y temblorosa, y se esconde más profundamente que nunca en las heridas de su Salvador. Así fue como el caído Pedro, cuando había negado tan gravemente a su Señor, al ser traído nuevamente a la vista del Salvador que estaba a la ribera del mar, fue el único de los discípulos que se ciñó su manto de pescador y se lanzó al mar para nadar hacia Jesús.

Y así, tal como ese Apóstol que había caído, al esconderse nuevamente en las hendiduras de la Roca de la Eternidad, encontró que el amor de Jesús era más tierno hacia él que nunca, cuando comenzó esa conversación que, más que todas las demás en la Biblia, combina la más amable de las reprensiones con el más amable de los ánimos: *“Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que estos?”* (Juan 21:15), así también cada creyente que ha caído encuentra que, cuando nuevamente se esconde en las heridas recién abiertas de su Señor, la fuente de Su amor comienza a fluir de nuevo, y el torrente de bondad y afecto es más pleno y desbordante que nunca, porque Su palabra es: *“Paloma mía, que estás en las hendiduras de la peña, en lo escondido de escarpados parajes, muéstrame tu aspecto, hazme oír tu voz, porque tu voz es dulce y tu aspecto hermoso”* (Cantares 2:14).

Ah, mis amigos, ¿conocen algo de esto? ¿Alguna vez han experimentado tal venida de Jesús sobre el monte de sus provocaciones que ha resultado en un cambio de estación en su alma? ¿Y ha encontrado usted, creyente que ha retrocedido, cuando se escondió nuevamente más profundamente que nunca en las hendiduras de la peña, tal como Pedro ciñéndose su manto de pescador y lanzándose al mar, que ha encontrado Su amor más tierno que nunca para su alma? ¿Entonces no debería enseñarle esto un arrepentimiento rápido cuando cae? ¿Por qué mantenerse un momento alejado del Salvador? ¿Está esperando hasta que haya limpiado la mancha de sus vestiduras? ¡Ay! ¿Qué la limpiará sino la sangre que está despreciando? ¿Está esperando hasta que se haya hecho más digno del favor del Salvador? ¡Ay! ¡Aunque esperara toda la eternidad, jamás podría hacerse más digno! Su pecado y su miseria son sus únicas súplicas. Venga, y encontrará con qué ternura sanará sus retrocesos y lo amará libremente; y dirá: *“Paloma mía ...”* etc.

Cantaremos primero, del Salterio 398:1,2.

4. La disposición triple de temor, amor y esperanza que esta visita despierta en el corazón del creyente

Observo la disposición triple de temor, amor y esperanza que esta visita del Salvador despierta en el corazón del creyente. Estos tres forman, por así decirlo, un cordón en el corazón del creyente restaurado, y un cordón de tres dobleces no se rompe pronto.

En primer lugar, hay *temor*. Así como la novia en la parábola no saldría para alegrarse de la compañía de su Señor sin dejar a sus doncellas un mandato de cazar las zorras, las zorras pequeñas que echan a perder las viñas, así cada creyente sabe y siente que el tiempo de más íntima comunión es también el tiempo de más peligro. Fue cuando el Salvador había sido bautizado, y el Espíritu Santo, como paloma, habiendo descendido sobre Él, y una voz habiendo

venido del cielo diciendo: *“Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”* (Mateo 3:17), que fue impulsado al desierto para ser tentado del diablo.

Así es, cuando el alma está recibiendo los privilegios y consuelos más altos, Satanás y sus ministros se encuentran más cercanos, las zorras, las pequeñas zorras que echan a perder las viñas. En primer lugar, el orgullo espiritual está cerca. Cuando el alma se está escondiendo en las heridas del Salvador y recibiendo grandes muestras de Su amor, entonces el corazón comienza a decir: “Ciertamente soy alguien. Cuán por encima estoy de los creyentes comunes y corrientes.” Esta es una de las pequeñas zorras que roen la raíz misma de la piedad genuina. En segundo lugar, uno puede hacer un Cristo de sus consuelos, mirando a ellos y no a Cristo, apoyándose sobre ellos y no sobre el Amado. Esta es otra de las pequeñas zorras. En tercer lugar, existe la falsa noción de que ahora, ciertamente, uno debe estar por encima del pecado y por encima del poder de la tentación; que ahora puede resistir a todos los enemigos. Este es el orgullo que precede la caída; otra de las zorras, las pequeñas zorras que echan a perder las viñas.

Nunca olviden, les ruego, que el temor es una segura marca de un creyente. Incluso cuando sienten que es Dios quien está obrando en ustedes, aun así la Palabra dice: *“Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor”* (Filipenses 2:12). Incluso cuando su gozo rebosa, recuerden que está escrito: *“Alegraos con temblor”* (Salmo 2:11), y otra vez: *“No te ensoberbecas, antes teme”* (Romanos 11:20). Recuerden la precaución de la novia, y digan: *“Cazadnos las zorras, las zorras pequeñas que echan a perder las viñas; pues nuestras viñas están en cierne”* (Cantares 2:15).

Pero si el temor cauteloso es una marca de un creyente en tal temporada, aún más lo es el *amor apropiador*. Cuando Cristo viene de nuevo sobre los montes de provocación y se revela al alma libre y plena como siempre, de una manera distinta a la que lo hace con el mundo, entonces el alma puede decir: *“Mi amado es mío y yo soy suya”* (Cantares 2:16). No digo que el creyente pueda utilizar estas palabras en todo tiempo. En tiempos de tinieblas y tiempos de pecado, la realidad de la fe de un creyente tiene que medirse más por su tristeza que por su confianza. Pero sí digo que, en temporadas cuando Cristo se revela de nuevo al alma, brillando como el sol detrás de una nube, con los rayos de un amor soberano e inmerecido, entonces no hay otras palabras que satisfagan al verdadero creyente sino estas: *“Mi amado es mío y yo soy suya”*.

El alma ve en Jesús a *un Salvador tan libre*. Un Salvador tan ansioso de que todos vengan a Él y tengan vida; un Salvador extendiendo sus manos todo el día, sin tener placer en la muerte del impío, sino suplicando a los hombres: *“Volveos, volveos ... ¿Por qué moriréis...?”* (Ezequiel 33:11).

El alma ve en Jesús a *un Salvador tan idóneo*, la misma cobertura que el alma requiere. Cuando por primera vez se escondió en Jesús, lo encontró idóneo para todas sus necesidades, la sombra de un gran peñasco en tierra sedienta. Pero ahora encuentra una nueva idoneidad en el Salvador, tal como lo halló Pedro cuando se ciñó su manto de pescador y se lanzó al mar.

Encuentra en Él un Salvador idóneo para el creyente que ha retrocedido. Ve que Su sangre puede eliminar la mancha de aquel que, habiendo comido pan con Él, aun así ha levantado contra Él su calcañar.

El alma ve en Jesús a *un Salvador tan pleno*, dando al pecador no solo un perdón, sino un perdón desbordante e inconmensurable; dando no solo justicia, sino una justicia que es más que mortal, porque es toda divina; dándole no solo el Espíritu, sino derramando agua sobre el sequedal y ríos sobre la tierra seca.

El alma ve todo esto en Jesús, y no puede sino elegirlo y alegrarse en Él con un nuevo amor apropiador, diciendo: *“Mi amado es mío”*. Y si alguien pregunta: *“¿Cómo te atreves, gusano pecador, a llamar tuyo a este Salvador divino?”*, entonces la respuesta está aquí: *“Y yo soy suya”*. Él me escogió desde la eternidad, de lo contrario nunca lo habría escogido a Él. Él derramó Su sangre por mí, de lo contrario nunca habría derramado una lágrima por Él. Él clamó tras mí, de lo contrario nunca habría suspirado por Él. Él me buscó, de lo contrario nunca lo habría buscado. Él me ha amado, por lo tanto yo Lo amo. Él me ha escogido, por lo tanto yo siempre Lo escojo. *“Mi amado es mío, y yo soy suya.”*

Finalmente, si el amor es una marca de un verdadero creyente en tal temporada, ciertamente *la esperanza orante* también lo es. Fue dicho por un verdadero creyente en una hora de sublime y maravillosa comunión con Jesús: *“Señor, bueno es que nos quedemos aquí”* (Mateo 17:4). Mi amigo, usted no es creyente si Jesús nunca se ha manifestado a su alma en sus devociones secretas, en la casa de oración o en el partimiento de pan, de manera tan poderosa y dulce que usted ha clamado: *“Señor, bueno es que me quede aquí”*. Pero, por muy bueno y agradable que sea—como la luz del sol para los ojos—el Señor discierne que no siempre es lo más sabio ni lo más provechoso permanecer allí. Pedro debe descender nuevamente del monte de gloria y pelear la buena batalla de la fe en medio de la vergüenza y el desprecio de un mundo frío y burlón.

Y así es para cada hijo de Dios. Aún no estamos en el cielo, en el lugar de visión abierta y gozo ininterrumpido. Esta es la tierra, el lugar de la fe, la paciencia y la esperanza que apunta al cielo. Una gran razón por la cual el disfrute cercano e íntimo del Salvador no puede ser constantemente experimentado en el pecho del creyente es para dar espacio a la esperanza, el tercer hilo que forma el cordón de tres dobleces. Incluso los creyentes más iluminados caminan aquí en una noche oscura, o en el crepúsculo, a lo sumo; y las visitas de Jesús al alma sirven para hacer que la oscuridad circundante sea más visible. Pero la noche está muy avanzada, el día se acerca. El día de la eternidad está amaneciendo en el oriente. El Sol de Justicia se apresura a levantarse sobre nuestro mundo, y las sombras se preparan para huir. Hasta entonces, el corazón de cada verdadero creyente, que conoce la preciosidad de la comunión cercana con el Salvador, respira la oración ferviente de que Jesús venga a menudo de nuevo, así, dulce y

repentinamente, para iluminarlo en su oscura peregrinación. Ah, sí, mis amigos, que cada uno que ama al Señor Jesús en sinceridad se una ahora en la oración bendita de la novia: *“Hasta que despunte el día y huyan las sombras, vuélvete, amado mío; sé semejante a la gacela o al cervatillo sobre los montes de Beter.”* Amén.

Último Salterio 203:1,2,3,5